

SIRESA

La localidad de Siresa se sitúa al norte del valle de Echo/Hecho, a 2 km de la población que da nombre a esta zona. El acceso se puede realizar desde el cruce de Puente la Reina por la carretera N-240. Por los alrededores discurre la calzada romana Zaragoza-Lescar, que fue reparada en el año 382, como lo manifiesta una lápida romana conmemorativa conservada en la iglesia de San Pedro, que hace referencia a la vía que por ahí transitaba y que unía *Caesaragusta* con las tierras francesas a través del puerto de Palo, usada posteriormente en la Edad Media, como vía de acceso al país vecino y como ramal del Camino de Santiago.

Ubicado en la margen derecha del río Aragón Subordán, el casco urbano de Siresa yace al pie de un cono montañoso, donde destaca el impotente conjunto de la parroquial de San Pedro, anteriormente monasterio. Se trata de uno de los más antiguos cenobios de Aragón, ligado a la historia de estas tierras y reino, cuyas primeras noticias documentales y arqueológicas se remontan hasta el siglo IX. Su historia se relaciona con la más remota del condado de Aragón, donde algunos propietarios descendientes de godos mantuvieron cierta independencia respecto a los musulmanes de Huesca y francos.

Hay dos líneas de investigación abiertas para explicar el origen del monasterio. Domingo Buesa al estudiar los monasterios altoaragoneses las explica señalando que “el problema de este enclave es determinar si es una fundación carolingia o, por el contrario, como concluye José Luis Corral es instituido por un conde denominado Galindo Garcés, posiblemente hijo del conde García el Malo (el mismo que expulsó a los carolingios de Sobrarbe en el año 816) y de una princesa pamplonesa. En este caso, la fundación sería una manifestación indígena contra la presencia carolingia en el valle y el propio monasterio sería ‘una especie de santuario nacional’ que estaba llamado a ser el núcleo de la resistencia contra los extranjeros francos. En esta tesis, completa la explicación del auge del monasterio el hecho de considerarlo refugio de los clérigos mozárabes, que huyen de la Zaragoza musulmana y buscan refugio en el Pirineo. Para José Luis Corral, en Siresa se habría refugiado la gran escuela monástica que creara san Braulio, llegando del valle del Ebro con toda la importante biblioteca que tenían y que será la que llamaba la atención a los visitantes del cenobio cheso”.

Vista general



Si aceptamos esta propuesta, una vez que el monasterio fue fundado, el conde carolingio Galindo I conquistó el valle y, opina Corral, "inició un proceso de identificación de su dinastía con el territorio aragonés. Para ello, nada mejor que mantener el monasterio de Siresa como santuario nacional" al que llegó a entregar la villa de Hecho, "el centro urbano más relevante del pequeño condado". Y todo ello sin romper las relaciones de dependencia teóricas con el rey de los francos, mientras buscaban la ayuda de Pamplona por medio de una pensada política matrimonial.

Opinión contraria es la planteada por Durán Gudiol y otros especialistas que incluso hablan de la fundación del monasterio de Siresa para ser un santuario erigido por los carolingios en homenaje a los muertos en la batalla de Roncesvalles, confrontación militar que el defensor de esta tesis –Antonio Ubieto– sitúa a la entrada de la Selva de Oza en un paraje en donde la arqueología nos ha aportado grandes restos de armas y de utensilios de batalla, concretamente en un espacio conocido como la "Corona de los Muertos" que fue excavada y en la que se encontraron armas. Junto a él, Antonio Durán apostó claramente por el origen carolingio de Siresa vinculándolo a la entrada en el valle de las tropas de Galindo I.

En ese momento se pondría en marcha el nuevo monasterio, que se hace sobre un lugar sacralizado ya anteriormente y que se encomienda a un hombre muy emprendedor. Este es el abad Zacarías, que compra varias villas agrícolas y muchas propiedades con las que mantener el costoso modelo monástico que ponía en funcionamiento, y al que pronto sucederá uno de los suyos llamado Odoario, personaje que según san Eulogio de Córdoba es "hombre de gran santidad y de mucha sabiduría". Como consecuencia de estas dos propuestas, el caso de Siresa, fuera establecido sobre un monasterio o una iglesia anterior, nos plantea el modelo de expansión que el emperador Carlomagno puso de moda y que los reyes hispanos altomedievales copiaron descaradamente. Inmediata a la ocupación militar del ejército debe diseñarse la consolidación de la nueva conquista con la fundación de monasterios que organicen social y económicamente esos espacios recién incorporados.

Pasando a las citas documentales, la primera es la de Galindo Garcés, hijo de García Galíndez, en el año 833, junto con su esposa Guldreguth, regalando unas tierras a Siresa en el valle de Hecho. Esta es la primera noticia documental conocida relativa al monasterio. Siresa, bajo la advocación del apóstol San Pedro, fue refugio de numerosas reliquias de los santos Andrés, Esteban, Sebastián, Benito, Adrián, Juan Bautista, Lupercio, Medardo y otros. San Eulogio de Córdoba visitó el monasterio por aquellas fechas y lo elogio a través de una carta que escribió al obispo de Pamplona Wilensindo. La familia Aznar volvió a establecerse en Aragón y el Conde Galindo Aznar concedió a Siresa antes del año 867, la villa de Hecho, cabecera del valle. En estos primeros años Siresa vivió una íntima relación con las Galias, pero debido al cambio de dinastía en Pamplona y la expansión de su rey Sancho I Garcés desde el siglo IX dominaron las tierras los hispanos de Pamplona y del valle del Ebro, quienes arrinconaron el valle de Hecho. En el año 922, al restaurarse la sede eclesiástica aragonesa, el obispo Ferriolo animó la vida eclesiástica de la región y Siresa reaparece en los documentos.

El conde Galindo II dotó al monasterio con más tierras en el valle a partir de de la Foz. Endregoto, hija y heredera del conde, llevó a su esposo el rey de Pamplona, García I Sánchez, a Siresa en el año 933, quien concedió privilegios y heredades. Por aquel entonces era abad Sancho Garcés y nueve años más tarde Agilano. El hijo de Endregoto, Sancho II Garcés regaló a Siresa, a instancias de su madre, el pueblo de Javierremartes en el año 971. El monasterio de Siresa sufrió, como otros muchos monasterios navarro-aragoneses, los efectos de las campañas de los ejércitos musulmanes de Almanzor y al comenzar el siglo XI estaba secularizado. En este tiempo fueron abades del monasterio Galindo y Zacarías.

La independencia política de Aragón bajo Ramiro I (1035-1063), supuso unas nuevas condiciones para el país, que no debieron afectar a Siresa, donde por aquel entonces era abad Fortún Ballanes. En 1071, bajo Sancho Ramírez, benedictinos cluniacenses afincados en la diócesis de Auch se instalaban en algunos viejos monasterios aragoneses, y en 1077, Siresa aceptaba canónigos agustinianos y se convertía en priorato de la iglesia de Jaca, aunque manteniendo prácticamente la independencia, pues, declarada capilla real, Sancho Ramírez asumió la jurisdicción directa delegándola a su hermana la condesa Sancha, viuda de Ermengol III de Urgell.

En agosto de 1093, Sancho Ramírez disipaba las diferencias de Siresa y el obispado de Jaca sobre la percepción de diezmos en las iglesias del valle de Hecho por aquel entonces era prior el

canónigo Arnaldo. A finales de siglo el infante Alfonso, hijo del rey y de su segunda esposa Felicia de Roucy, fue llevado al monasterio, donde se crió bajo la tutoría de su tía, la condesa Sancha y su hermano, el rey Ramiro II. Alfonso I, siendo rey de Aragón, sancionó en 1113 a Siresa y a su abad prior García los antiguos privilegios. En 1134, el prior Iñigo concedió libertad a los chesos y Ramiro II compensó esta libertad del monasterio.

Bajo la dinastía real de los Ramírez se realizó la importante obra de la nueva iglesia. En los documentos consta una restauración de la iglesia en 1152, efectuada por don Arnaldo Dogón, obispo de Jaca y Huesca, que afectó también a la organización de racioneros. La atención política se desplazó al valle del Ebro y tierras ibéricas, lo que explica dilataciones en una obra relegada al lejano valle de Hecho. En un documento de 1239 se recoge que el obispo de Huesca concedía indulgencias a aquellos que con sus limosnas ayudasen a concluir la obra de la iglesia de Siresa.

Monasterio de San Pedro de Siresa

HAN SIDO MUCHOS los estudiosos y expertos que han investigado sobre la iglesia del antiguo monasterio de San Pedro de Siresa, así como muchas las opiniones ligadas a su construcción, lo que ha dado lugar a múltiples controversias historiográficas. Las características arquitectónicas de la iglesia, así como las múltiples reformas y modificaciones que desde sus inicios se han venido sucediendo, hacen de ella una construcción especialmente interesante y compleja de interpretar.

Fue Durán Gudiol quien dedujo por unos documentos que se trataba de una iglesia no ya del siglo X sino anterior, del siglo IX. Una iglesia correspondiente a un monasterio que

había visitado el cordobés san Eulogio, que tras su estancia escribió una carta dirigida al obispo Wilensindo de Pamplona fechada el 15 de noviembre del año 851 contando sus andanzas por distintos monasterios pirenaicos y, entre ellos hablaba del monasterio de Siresa, siendo abad en aquellos días Odoario, que contaba con gran número de monjes. El santo describía y admiraba la rica e inmensa biblioteca del monasterio, de la cual se llevó una serie de rarezas bibliográficas que pertenecían al activo escritorio de Siresa. Aunque la gran prosperidad del cenobio, a la que se refieren algunos documentos, hizo pensar que esta comunidad necesitaba de una iglesia de estas dimensiones, lo cierto es que las



Vista desde el
lado sur

circunstancias económicas del condado de Aragón, que era extremadamente pequeño y sin recursos, hacen improbable que se levantara en el siglo IX o X. No hay que confundir la fundación del monasterio, que sí indudablemente sería de este tiempo, con la construcción de la iglesia. Así algunos autores han deducido que esta no podía ser la iglesia prerrománica de este convento.

A comienzos de los noventa, cuando fue restaurada por la Diputación General de Aragón, el restaurador quiso darle un aspecto carolingio debido a la tesis antes planteada y fue así como se añadió un cimborrio sobre el crucero. Esto ha motivado una viva polémica entre quienes defienden un origen románico y los partidarios de su adscripción carolingia. Fue en esta intervención cuando también fue reconstruido el pavimento de la nave, que se decoró, probablemente en el siglo XIII, con la representación de un laberinto realizado con piedrecitas de río asentadas de canto.

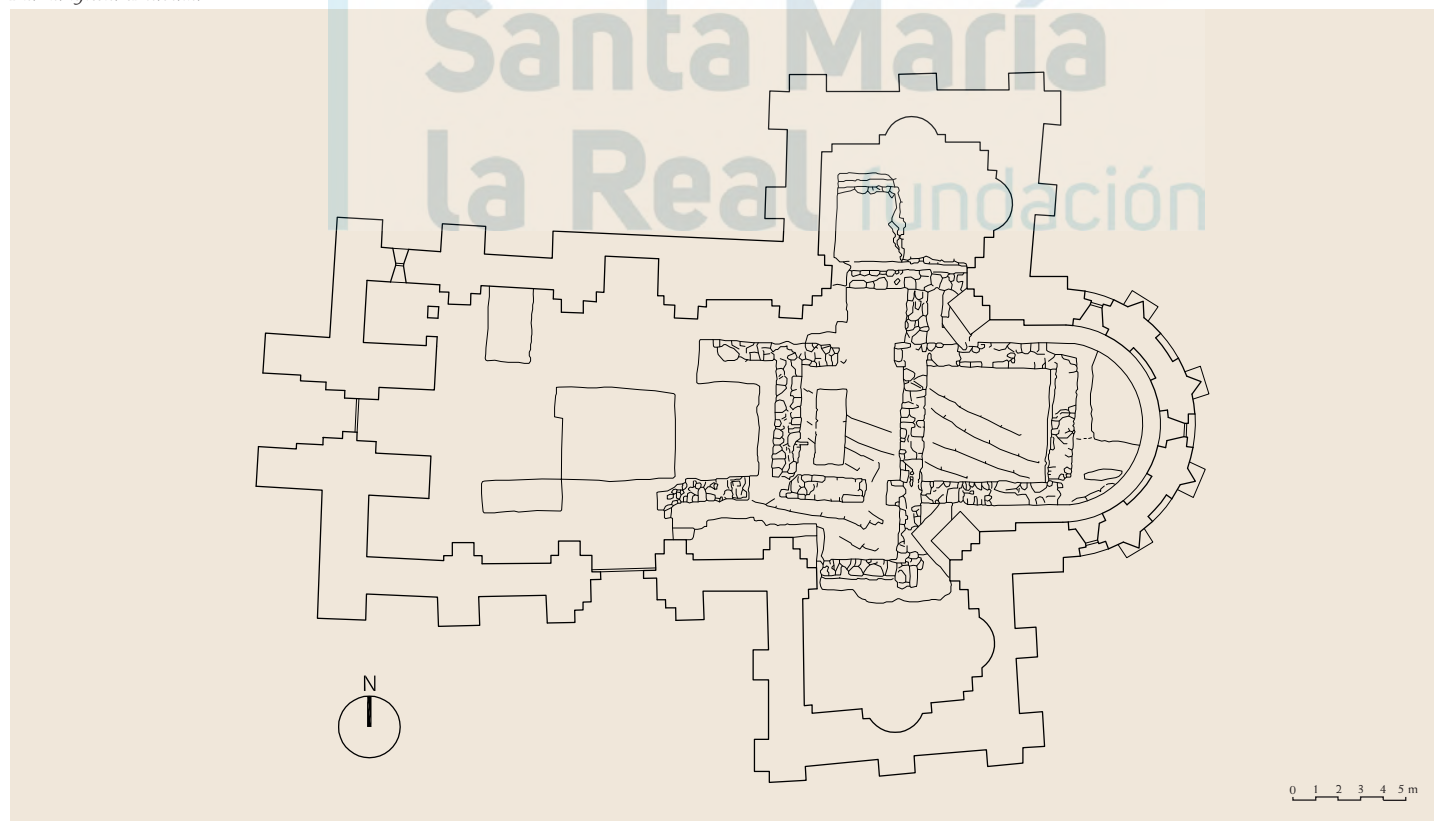
Rafael Puertas Tricas hizo, en 1991, el *Planteamiento general de las excavaciones de San Pedro de Siresa* cuando descubrió debajo de la actual iglesia los restos de una edificación anterior que se califica como cripta o cabecera de un posible templo anterior. Escribe en las conclusiones que pudiera existir "una estructura anterior a la actual iglesia, formada quizá por una iglesia de tres naves con cabecera o ábside cuadrangular. Sería por tanto prerrománica, es decir anterior al siglo XI, sin que podamos precisar de momento si fue carolingia o mozárabe.

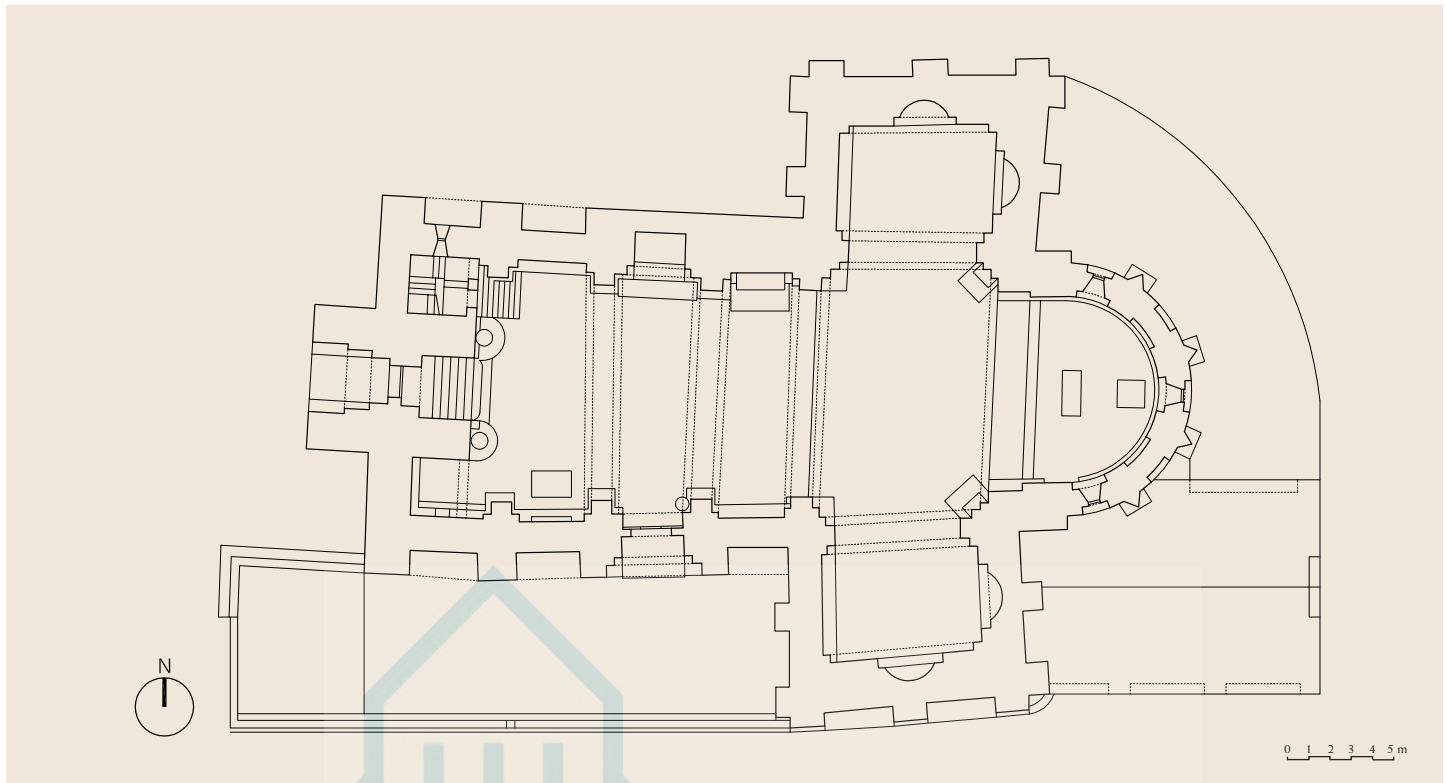
Es decir su cronología y estilo". Más adelante completa el comentario señalando que "los principales paralelos para las estructuras arquitectónicas aparecidas en el subsuelo de Siresa, se encuentran en un grupo de iglesias prerrománicas, en su mayoría visigodas, con ábside rectangular al exterior y tres naves al interior. Podemos considerar como un precedente la basílica paleocristiana de Isla del Rey en Menorca".

Concluye apuntando la posibilidad de que esta vieja cabecera eclesial "quizás parcialmente reconstruida, pudo utilizarse como cripta en la iglesia actualmente existente, aunque estaría fuera de uso el resto de los muros que configuraban dicha iglesia prerrománica". Tras la restauración se procedió a realizar una excavación en el interior de la iglesia, no encontrando la cripta carolingia que se buscaba sino una iglesia del siglo IX. La conclusión de las excavaciones certifica la existencia de una estructura anterior a la actual, formada por un templo de tres naves con cabecera o ábside cuadrangular. Sería, por tanto, prerrománica, es decir, anterior al siglo XI, sin que podamos precisar su cronología y estilo por la falta de hallazgos, ya sean cerámicos o de otro tipo, que ha impedido dar una datación absoluta a los muros hallados en las excavaciones.

En los últimos años Javier Martínez de Aguirre y su equipo de investigación (especialmente para este edificio su estudiosa Lozano López) han lanzado una nueva teoría sobre la datación del edificio y su posible promotor. Según estos autores, el edificio que vemos hoy habría sido erigido en

Planta iglesia excavada





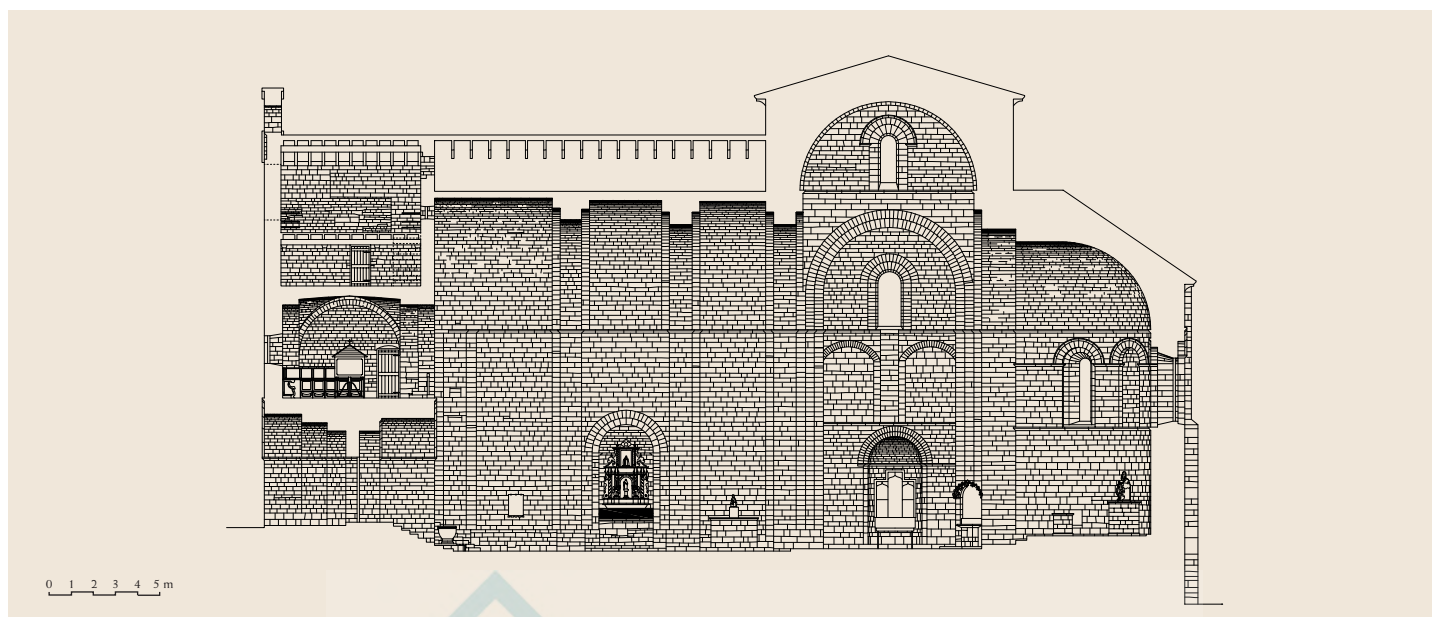
Planta

Alzado sur



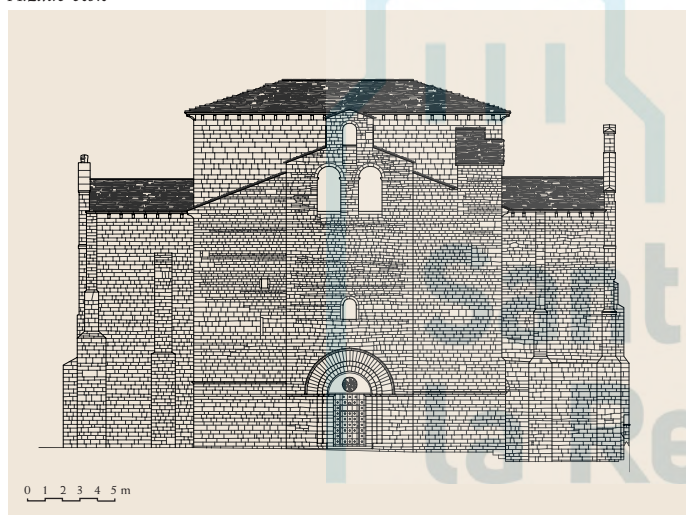
tiempos de Alfonso I el Batallador (1104-1135), monarca que favoreció con abundantes privilegios y legados a la canónica allí instalada. Entre otros aspectos, señalan que la planta en cruz y la forma en que los absidiolos se trasdosan en contra-

fuertes se podría explicar en caso de haberse construido con posterioridad a Santa Cruz de la Serós. Además, la combinación de semicírculo-polígono en la cabecera encuentra un antecedente en la catedral de Pamplona, proyectada hacia 1100



Sección longitudinal

Alzado oeste



Ábside y brazo norte del transepto



y consagrada en 1127. Por todo ello, la década de 1130-1140 será el marco cronológico más probable para la finalización de los trabajos.

Actualmente, la iglesia de San Pedro presenta una nave única dividida en tres tramos separados por pilastras adosadas al muro, sobre las que se apoya una elevada bóveda de medio cañón reforzada por anchos arcos fajones. El aparejo, realizado en piedra caliza, se caracteriza por la presencia de hiladas lombardas que coexisten con otra serie de bloques de mayor tamaño. Este tipo de aparejo corresponde con la intervención de dos grupos de canteros contemporáneos, de los cuáles uno de ellos se aferra a las tradiciones locales, mientras que el otro está integrado por maestros mucho más receptivos a nuevas técnicas constructivas que acabaron imponiéndose. Este fenómeno presenta características similares a las del castillo de

Ruesta en Zaragoza, bastante próximo a Siresa y, al castillo de Troncedo situado en la zona de la Ribagorza en Huesca.

La nueva iglesia fue comenzada por el ábside, el cual destaca por sus grandes dimensiones y planta poligonal. En su parte inferior sin vanos queda reforzado por una serie de contrafuertes de sección rectangulares en sus ángulos, semejantes para algunos a los del ábside de Santa María de Iguácel y a los del ábside meridional de la catedral de Jaca. En la parte superior presenta cinco ventanales abiertos en arcos de medio punto, los laterales y el central abiertos mientras que los otros dos fueron siempre ciegos y con función meramente ornamental. Las placas de alabastro que ahora se ven se colocaron en 1949. Su diseño, escalonado al exterior y derramado al interior, es también idéntico al de Iguácel. En la cornisa se aprecian algunas ménsulas o canecillos de estilo jaqués.



Brazo norte del transepto



Muro sur

A continuación se realizaron las obras del cuerpo occidental, el cual no está perfectamente alineado con la cabecera, cuya estructura está estrechamente vinculada al arte lombardo no sólo por su propio aparejo sino por su misma concepción. Junto al ábside se sitúan los brazos del transepto, el del lado sur queda un tanto desvirtuado por la construcción posterior de una capilla moderna. El transepto presenta igualmente gruesos contrafuertes, adosados al muro, dispuestos a media altura, entre los que se intercalan ventanales abocinados de medio punto. Algún autor ha escrito que el arco mitriforme es uno de los escasos elementos decorativos de la iglesia y recuerda a los de la Turhalle de San Miguel de Lorsch, cerca de Worms, y a los de las iglesias francesas de Saint-Généreux y Cravant. Se trata de un elemento importado de influencia carolingia. Por último destaca el cimborrio, al parecer obra de la restauración, cuyas formas sobresalen sobre el resto de la construcción.

En el brazo septentrional del transepto, encontramos una escultura de piedra de difícil explicación que, algunos autores afirman que puede proceder de otro lugar, se la conoce como "El moro". Está orientada en dirección Norte-Sur y representa una pareja arrodillada abrazándose por la cintura con ambos rostros mirando hacia atrás. Mide aproximadamente medio metro de altura y entre veinte y treinta centímetro de anchura.

Forma parte del sillar sobre el que se apoya, lo que indica una elaboración para su colocación en un lugar terminal, como aquí la encontramos. Los rostros presentan ojos contorneados, dibujados en la piedra en bajo relieve; la frente es estrecha, desgastada por la erosión; la nariz queda sugerida por unos trazos triangulares, bajo los que aparecen unos labios ligeramente abultados a modo de comisuras; la barbilla abultada enlaza directamente la cabeza con el cuerpo; los brazos son bastante desproporcionados por su largura y el acordonamiento de las manos; por último la representación de la punta de los pies se disuelve en el sillar sobre el que nace.

En el muro sur se abren diversos vanos, tres de ellos son de iluminación al interior en arco de medio punto y abocinados. También aquí se abre la puerta de ingreso de época moderna, según los gustos clásicos, en arco de medio punto. A ambos lados de esta puerta se sitúan otros dos arcos de medio punto cegados, donde algunos quieren ver restos de la primitiva iglesia carolingia transformada a partir del siglo XI. No se conocen arcos iguales en Aragón, pero sí en construcciones italianas de los siglos V al VIII, concretamente en las comarcas de Rávena y Pavía, donde abundan. En la parte de poniente el muro queda rematado por una pequeña torre en cuya parte superior hay dos vanos de medio punto donde se ubican las campanas.



Fachada oeste



Tímpano de la portada oeste

Interior



Bóvedas del crucero





Cuerpo occidental

El muro del lado oeste, formado por varios cuerpos arquitectónicos diferentes, también destaca por su gran volumen y por constituir una especie de anteiglesia o atrio, siendo vehículo de arquitectura que asimila elementos carolingios, sobresale de la planta de la nave y se corona con una torre con diversos vanos para las campanas. En su parte inferior se abre un arco de medio punto realzado por una imposta que dibuja su forma, el cual cobija la puerta de ingreso románica, donde destaca su tímpano decorado en su parte central con un crismón, bastante rústico y con sus habituales componentes simbólicos, colocado con posterioridad al siglo XVIII. Juan Bautista Labaña, que visitó el monasterio en 1610, describió en la entrada de la puerta, sobre un arco, una piedra redonda con letras redondas en relieve; además, el padre Huesca vio en el atrio el lábaro y el escudo real de Sobrarbe, estas dos fuentes evidencian las modificaciones que ha habido en este corredor.

El interior corresponde a un espléndido y sobrio edificio de planta de cruz latina. Desde los pies podemos contemplar al ábside de planta semicircular, cubierto con bóveda de horno, bajo la que se abren cinco ventanas, a modo de iluminación y, como ya hemos mencionado anteriormente, adornadas con dobles arcos de medio punto, que se apoyan sobre medias pilastras con imposta corrida y horizontal que hacen de unión entre unas y otras. Enmarcando las ventanas, arriba y abajo, otras dos impostas recorren el ábside.

La nave está cubierta con bóveda de cañón reforzada por arcos fajones, entre los que se abren vanos de medio punto que sirven de iluminación. La zona del crucero se cubre actualmente con bóveda de cañón en piedra sillar, así como los brazos del mismo, en los que se suceden tres niveles de arcos de medio punto ciegos.

El hastial de los pies corresponde con la citada anteiglesia vista por el exterior, formando un *western* o anteiglesia en cuya planta se ubica un pequeño atrio a modo de nártex. Adopta la forma de tribuna, propia de la corriente carolingia o ramirense, pues es muy similar a la de Saint-Aubien de Beaune y a las asturianas de San Miguel de Lillo y Santa Cristina de Lena. Es difícil saber qué uso pudo tener. En la parte superior se insertan una serie de arcos de mayor o menor tamaño, la tribuna propiamente dicha que se sitúa encima de la ancha puerta de ingreso y se cubre con bóveda de arista. Estas ventanas de medio punto, abiertas al principio, se cegaron después y permanecieron así durante mucho tiempo. Su reapertura es fruto de la última restauración. El acceso se realiza por la escalera que arranca en el lado norte, tras pasar el umbral de una puerta realizada con diversos restos de las diversas partes con que contó esta iglesia. A ambos lados, sobre tarimas de piedra, encontramos las dos grandes pilas bautismales, cuya función hoy es meramente decorativa. La de la derecha, fabricada en jaspero, es mucho más moderna y la otra ha sido utilizada hasta tiempos recientes. El piso estuvo

alfombrado por un laberinto circular de tipo cretense datado en el siglo XIII. Éste quedó mutilado al colocarse losas de piedra a los lados en obras posteriores. Tras la última restauración se ha vuelto a recuperar.

En principio no hubo más que el altar principal; en todo caso uno a cada lado en los muros orientales del transepto, aunque se ha llegado a ver hasta nueve, todos ellos de finales de la Edad Media o principios del Renacimiento. Tras las últimas modificaciones se han reducido a cinco.

Durante las obras últimas obras de restauración que se llevaron a cabo, tuvo lugar un hallazgo excepcional. Cuando se procedía a quitar el viejo altar de mampostería, adosado al absidiolo situado en frente del transepto meridional, se descubrió una soberbia talla de madera de nogal de Cristo Crucificado. La imagen se encontró en posición horizontal y tenía los brazos separados del torso y próximos al cuerpo, para favorecer su conservación. La escultura, de factura extraordinaria, mide más de dos metros de altura. Fue trabajada en madera de nogal y conserva todavía restos de policromía. Por la posición caída del brazo derecho y la inclinación de la figura, se sospecha que pudo pertenecer en origen a un Descendimiento en el cual participaron otras piezas escultóricas.

La imagen de gran tamaño representa a un hombre joven que acaba de morir, ya en la Gloria, tal y como simbolizan

sus ojos cerrados y su boca entreabierta. Se trataba de un Cristo de cuatro clavos, de tradición temprana en la Edad Media. Conserva los dos orificios en los pies que lo sujetaba al madero de la cruz y un hueco en la parte alta del dorso que, como indica María del Carmen Lacarra, pudo estar preparado quizás para contener un fragmento del *Lignum Crucis* que era venerado en el monasterio de Siresa en tiempos del conde Galindo Aznárez I. La cabeza está inclinada sobre su hombro derecho; el cabello peinado con raya en medio de la frente y cabellera recogida detrás de las orejas hasta los hombros; y la barba, rizada en forma de volutas. Su rostro trasmite serenidad, debido a la delicadeza con que se trabajaron sus rasgos. Los ojos son grandes y cerrados, la nariz recta y algo puntiaguda, y la boca entreabierta, rasgo que humaniza y sugiere expresión de agonía. En su anatomía se aprecian detalles que anuncian un incipiente naturalismo, particularmente en la zona del tronco. Las piernas se representan de forma esbelta, con grandes pies y largos dedos muy finamente tallados. La talla conserva restos de policromía original en restos de gotas rojas de sangre en la zona del rostro, la herida del costado derecho, en la tela del *perizonium*, piernas, manos y pies. El Cristo de Siresa posee rasgos propios de los crucificados realizados en el segundo tercio del siglo XIII, por lo que claramente se fecha en esta época. Tras su restauración, la escultura se colocó en el transepto norte.

La iglesia de San Pedro de Siresa también guarda otros interesantes bienes muebles entre los que destacan dos tallas de la Virgen, fechables igualmente en el siglo XIII, conocidas como la Virgen de Siresa, entronizada y con el Niño sentado en la rodilla izquierda, que se encuentra algo deteriorada y se conserva en la sacristía. La otra imagen es la de Nuestra Señora del Pueyo, titular de la ermita que se levanta en el propio casco urbano de Siresa. Es una figura también sedente en madera dorada, con el Niño en su rodilla izquierda.

Texto y fotos: EHB - Planos: MALD

Crucifijo románico



Bibliografía

- ACÍN FANLO, J. L., 2011, VII, pp. 115-121; ARAMENDÍA, J. L., 2003a, pp. 85-90; ARCO Y GARAY, R. del, 1914; ARCO Y GARAY, R. del, 1919; ARCO Y GARAY, R. del, 1942, pp. 327-334; BRIOSO Y MAYRAL, J., 1999; BUESA CONDE, D. J., 2000b, pp. 23-25; CABAÑERO SUBIZA, B., ESTEBAN LORENTE, J. F. y GARCÍA GUATAS, M., 1989-1990; CANELLAS LÓPEZ, Á. y SAN VICENTE PINO, Á., 1971, pp. 273-281; CORRAL LAFUENTE, J. L., 1995; DURÁN GUDIOL, A., 1965a, pp. 24-25; DURÁN GUDIOL, A., 1989a; DURÁN GUDIOL, A., 2005a; DURÁN GUDIOL, A., 2005b; ENRIQUEZ DE SALAMANCA, C., 1987 (1993), pp. 55-57; ESTEBAN LORENTE, J. F., 1994-1995; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 31-92 y 237-238; FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA GARCÍA LOYGORRI, L., 1999; GARCÍA GUATAS, M., 2002, pp. 72-75; LACARRA DUCAY, M. C., 1995; LAPEÑA PAÚL, A. I., 2011, pp. 323-333; MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J., LOZANO LÓPEZ, E. y LUCÍA GÓMEZ-CHACÓN, D., 2012; PUERTAS TRICAS, R., 1993; PUERTAS TRICAS, R., 1994; UBEIRA HERNÁNDEZ, J. L., 1999; UBEIRA HERNÁNDEZ, J. L., 2006.